Notas

JULIÁN MEZA

El miedo se había decantado

BAJO LOS FUEGOS de artificio de un carnaval en donde todas las risas se encadenan y se desencadenan hay todas las máscaras, todos los colores. Una fiesta así es vida vivida. Que la belleza se oculte para ser descubierta es una invitación al encantamiento que le abre la puerta a la aventura. Algo muy distinto es la máscara que en la vida cotidiana se encarga de ocultar lo vivido y de impedir su descubrimiento.

Por haber observado de cerca a muchos de los personajes que han circulado por Alemania desde los días tristes y terribles del nazismo hasta 1985, Heinrich Böll puede arrancar las diferentes máscaras de una humanidad que se atropella entre el horror y el miedo, la humillación y la humildad, el fanatismo (político o religioso) y la tolerancia, la mentira y la franqueza, la risa y las lágrimas. En todas sus novelas es posible encontrarse con este observador penetrante; pero es tal vez en *Opiniones de un payaso* en donde su capacidad de observación lo lleva a las profundidades del alma humana. Intentar un reencuentro postrero con esta capacidad de observación es probablemente una manera de seguir sintiéndola clavada en nosotros.

I

Es posible hallar todo el horror de la ideología nazi en las relaciones que mantienen un muchacho de 14 años (Kalick) y su profesor (M. Brühl) con Hans (el futuro payaso) y su familia, pues es en el interior de la escuela y de la familia en donde Kalick y su profesor juzgan a Hans, en donde la muerte de Georg no le parece importante a Kalick porque "no era más que un huérfano". También es, en el interior de la escuela y la familia donde Hans y, en menor medida, su padre luchan contra el horror.

De esta manera Böll nos enseña que el fascismo no es una ideología

que planea por encima de los hombres y de su circunstancia, sino que se lleva a cabo entre los hombres, en circunstancias precisas, en los lugares de su vida cotidiana.

Darse cuenta de esta realidad es la única manera de escapar a ella. Y este es el caso de M. Derkum, padre de Marie, que contra la opinión del padre de Hans, M. Schnier, no es un oportunista, entre otras razones porque nunca sacó provecho de su condición de perseguido político durante la era nazi.

La honradez de M. Derkun es evidente cuando se sabe, además, que no vende "libros de rezos" porque no es creyente y, por lo tanto, no está dispuesto a obtener beneficios de las creencias de los demás. Así, Hans no se equivoca cuando afirma que M. Derkun no es un fanático (por sus creencias), sino un hombre consecuente con él mismo. La prueba definitiva de su tolerancia: no le prohíbe a su hija Marie ser católica en un país de intolerancias enmascaradas.

II

¿Por qué se va Marie de la vida de Hans?

Al partir lo dice: "Debo seguir el camino que debo seguir".

Estas palabras descubren un "miedo metafísico" que se sitúa en el polo opuesto a la "revuelta metafísica de Hans. Este "debo seguir" muestra claramente la voluntad de hacer aquello que no se está haciendo, la voluntad de querer ordenar la propia vida de acuerdo con una idea de lo que se "debe hacer". Y así se huye de una "ética vital" (Camus) y se produce el sometimiento a una voluntad exterior en la que el "debo" adopta la figura de una máscara. Sin embargo, es evidente que la máscara de Marie no es la peor en la reflexión de Böll. En el carnaval de todos los días que hace la vida humana, todo el mundo lleva una máscara y todas las máscaras compiten desenfundadamente en una loca carrera hacia un ridículo patético que se niega a decir su nombre. El prelado Sommerwild, entre otros, deja muy atrás a Marie; pero es en el caso de Kinkel en el que asistimos a unos de los más devastadores cocktails: Marx + Guardini, o Bloy + Tolstoi. Esta aparente conciliación de la diversidad no es en este caso sino la prueba de una gran hipocresía, necesaria para la gente cuando se da a la búsqueda de un poder grande o pequeño. A partir de este punto asistimos a la reflexión de Böll sobre el poder, sobre todo en relación con las ideologías absolutas.

El poder, para Böll, no es otra cosa que la capacidad que tenemos para decidir sobre el comportamiento de los otros y hacerlos actuar como queremos que actúen. La historia del obrero Frehlinger, que

vivía en pecado con una viuda que tenía tres hijos y a la que abandonaba cuando es amenazado por el párroco, es un ejemplo. La continuación de la historia es un hecho frecuente: la mujer se vuelve prostituta para subvenir a las necesidades de sus hijos y el obrero se vuelve alcohólico, porque realmente la amaba. He aquí una manera de hacer lo que se "debe hacer".

III

La oposición evidente a este "deber hacer" es el *ser* y el *hacer* de Hans que, por su ser mismo, es más cristiano y aun más católico que el prelado Sommerwild. Este hombre es capaz de seducir a Marie, para entregársela a Zupfner, con principios de orden, declaraciones escritas y días enteros de conversaciones secretas en un hotel de Hannover. He aquí otra manera muy clara de percibir el deseo irreprimible de querer modelar al otro sin tomarlo en consideración, dejando de lado su realidad de ser humano en relación con otros seres humanos, y que en este caso es la relación amorosa de Marie con Hans: un hombre que vive, por oposición a todo esto, con una conciencia muy viva de su realidad y de las realidades de los demás en relación con él mismo: un payaso que describe los absurdos cotidianos: hombres que, por millares, llegan (o se van) a la misma hora, a las mismas grandes estaciones de trenes, o que, a la misma hora, se encuentran encerrados dentro de sus automóviles haciendo colas interminables.

¿Por qué los mismos horarios para todos? parece preguntarse Böll y, a la vez, sugerir la posibilidad de que existan, por ejemplo, tres o cuatro turnos bancarios a lo largo del día, de que existan horarios escalonados. Pero lo que deriva sobre todo de esta manera de ser de Hans es la claridad, la franqueza, el horror a la hipocresía, al *kitsch*. El acto de concebir a un niño es un parto y en él no interviene para nada la cigüeña. Esto lo saben los niños.

En el salón de la madre de Hans los *jours-fixe* son los lugares de encuentro por definición, en donde se hacen y se deshacen todos los poderes, donde todos y cada uno ejercen su poder en las modas intelectuales, en los vestidos, en las maneras de vestirse y de desvestirse el cuerpo y el alma —aún cuando el alma no sea más que una *cosa*, según el padre de Hans. Pero desemboquemos en la ideología como absoluto, puesta de relieve por Böll en el diálogo en el que Hans abofetea a Kalick cuando recuerda que éste había obligado a Götz Buchel a probar su origen ario. A continuación Marie le reprocha a Hans su conducta y le pregunta si tiene dudas acerca de la conversión de Kalick a la democracia. La respuesta de Hans es cortante: no, no

tiene dudas: Kalick ya no es un fascista y ha abrazado la fe en la democracia. He aquí, sugiere Böll, la fragilidad de las ideologías como absoluto. He aquí por qué un exnazi puede hablar de espiritualidad judía como un rabino. Al parecer, la historia (=la derrota) le abrió los ojos; pero un arrepentimiento no es un arrepentimiento cuando se hacen grandes o pequeñas e íntimas declaraciones de amor a la humanidad, a la democracia o a la novia. Hans se rebela contra la ingenuidad de los perseguidos del pasado cuando creen en estas grandes declaraciones.

El secreto del horror está en los detalles, es decir en lo cotidiano, en lo que todos y cada uno hacemos cada día. No se trata, de ninguna manera, de las grandes culpas o de los grandes inocentes que exigen un gran arrepentimiento, sino de las actuaciones cotidianas que hacen toda una vida: Kalick espía a la gente en la República Federal Alemana de la misma manera que lo hacía en el III Reich. Como le dice el padre de Marie a Kierenhahn: "El cerdo sigue siendo cerdo y tú siempre lo has sido."

IV

Finalmente, en sus breves relaciones con los comunistas de Alemania oriental Hans nos muestra la acción del ser considerado como ser humano como única muralla frente a la ideología absoluta: se niega a imitar a un cardenal en donde no hay cardenales, de la misma manera que no imitaría a un consejo de administración en donde no hubiese consejos de administración.

Cada uno debe protestar por la injusticia en su propio mundo, en su propia realidad, en su propia vida. Es inútil decir: allá viven mal o son malos cuando no es más que con el fin de mostrar que aquí se vive menos mal o que se es menos malo.

Pese a todo, la vida continúa, pues la revuelta metafísica continúa:

*Passent les jours
passent les semaines
ni temps passés
ni les amours reviennent
sous le pont Mirabeau
coule la Seine
(Apollinaire)*